

LA SEXTA VISITA

Para Antonia Gómez

Lo primero que me sorprendió fue lo cargada que estaba la habitación. Tuve que pasar con mucho cuidado, haciendo malabares para no tocar a ninguno, pues a ninguno le correspondía conocerme todavía. Cuando llegué hasta ella, me detuve un breve momento para observarla detenidamente. Suelo hacerlo siempre, no me gusta darme prisa, si puedo evitarlo. Porque hay momentos en los que no puedo evitarlo, desgraciadamente.

En aquella ocasión, sí. Vi a una niña encerrada en arrugas de experiencia, tras las cuales la ilusión y la esperanza seguían intactas. Le sonreí, o lo intenté. No sé qué pinta tendré cuando hago estas tonterías, no sé qué verán mis clientes cuando me aproximo a ellos. Supongo que cada uno tendrá una visión distinta de mí, personal. Cada uno me llamará de una forma diferente. No tiene importancia. La necesidad que tiene el ser humano de poner rostro y nombre a todo aquello que escapa de su comprensión no deja de ser admirable. Tierno, en cierto sentido. Demuestra que su sofisticado pensamiento, repleto de preguntas profundas sobre lo abstracto, no es más que el envoltorio de una fragilidad infantil ante la que solo se puede suspirar.

Creo que me devolvió la sonrisa. No sé si me llegó a reconocer, pero yo a ella sí. ¿Tres, cuatro veces? ¿Cinco? No lo recuerdo, pero sé que ya había coincidido antes con aquella niña, como coincidía ahora con sus acompañantes en la habitación cargada. Los años habían hecho mella en su inocencia. Era fuerte, tal vez más que nunca. Y era difícil, había tenido que ser muy fuerte para salir adelante. Pero en aquel momento emitía una paz envidiable. Diría que me sorprendió, pero mentiría: muchos reaccionan así, con paz. Otros tratan de resistirse. Otros lloran por su mala suerte. Otros, simplemente, ni siquiera son conscientes de lo que está pasando hasta que les doy la mano.

En cualquier caso, hizo un amago por incorporarse, quizás con impaciencia. Levanté la mano y le pedí calma. Yo soy siempre quien decide cuándo, sé esperar el momento exacto. Si hay un valor que me caracteriza, es la equidad: todo el mundo tiene un tiempo determinado y lo respeto, pase lo que pase. Ni un segundo de más, ni un segundo de menos. Sin excepciones. Pareció entenderlo y volvió a recostarse. ¿Tenía ganas de irse? No era exactamente eso. Tenía ganas de lo que vendría después de irse. Un reencuentro que se había alargado demasiado en el tiempo.

En realidad, el tiempo no tiene sentido para mí. Por eso os veo siempre igual, como niños, como niñas, marcados por una inocencia soberbia y cubiertos por un brillo sensible y puro en los ojos, un brillo que nunca se apaga. O que nunca debería apagarse. No, el tiempo no tiene ningún sentido para mí. Y quizás por eso os envidie. Cualquier momento puede ser el último. Cualquier momento puedo ser yo. Y ahí está el secreto